

BESTSELLER

LIBROSLIBRES

MICHAEL D. O'BRIEN

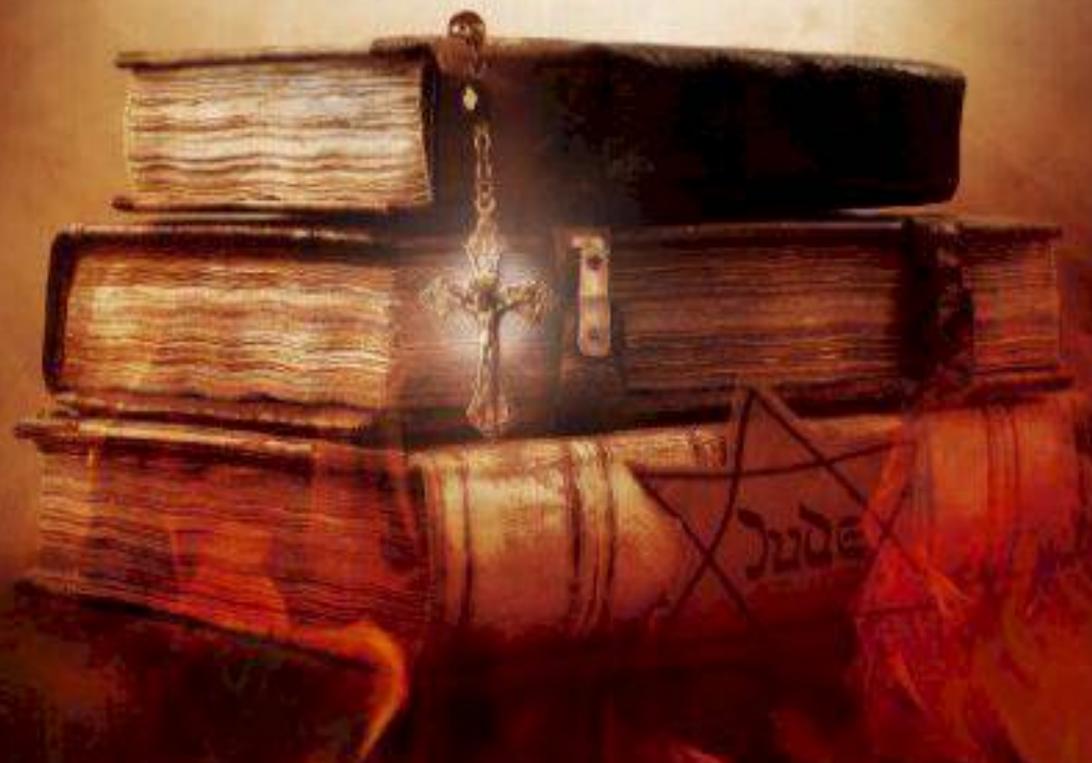
EL

LIBRERO

DE

VARSOVIA

La trepidante saga de *El Padre Elías*
continúa con más intrigas



Annotation

Pawel Tarnowski es un humilde librero que da refugio a un muchacho judío, David Schäfer, huido del ghetto de la ciudad de Varsovia en plena ocupación nazi. A lo largo de todo un invierno, y acechados por la amenaza permanente de que les descubran, los dos debatirán sobre cuestiones como el bien y el mal, el pecado y la redención, la literatura y la filosofía, así como de su respectivo punto de vista sobre la religión. Lejos de complacerse en la simple discusión de ideas, es una novela de acción, bellísima y trepidante, porque más allá de las palabras están siempre los hechos, las pequeñas decisiones que cambian el mundo y la Historia desde la fe, la esperanza y el amor.

MICHAEL D. O'BRAIN
EL LIBRERO DE VARSOVIA

Título Original: *Sophia house*

Traductor: Lagarriga, Carlos

Autor: O'Brien, Michael

©2008, Libroslibres

ISBN: 9788496088795

Generado con: QualityEbook v0.35

El Librero de Varsovia

Llevo, llevo, pobre madre, el cuerpo de mi padre, carga que hace mi dolor pesado y ligero bulto que todo lo mío encierra. Ya a los suyos perdieron y yo seré infeliz huérfano que estará en su casa desierta añorando los brazos de quien le dio la vida. Se fue, ya nada existe; todo, padre, se acabó.

Eurípides, Las Suplicantes.

Para todos aquellos cuyo sacrificio se esconde en el corazón de Dios, los mismos cuyas «pequeñas» decisiones cambian el equilibrio del mundo.

PREÁMBULO

Son muchas las personas a las que debo agradecer su contribución a este libro, algunas vivas, otras ya muertas. Estoy en deuda con el realizador ruso Andréi Tarkovsky, cuya película Andréi Rubliev está en el origen de la obra imaginaria escrita por Pawel Tarnowski. Tampoco puedo dejar de mencionar al pintor Georges Rouault: su fe, su creatividad y su amor a su familia me han servido siempre de inspiración. Su pequeña aparición en este cuento es, por supuesto, ficticia, pero está en perfecta consonancia con su personalidad y sus escritos. La breve aparición de Pablo Picasso es igualmente ficticia, aunque en este caso sus palabras (tan opuestas al espíritu de Rouault) se han extraído de sus manifiestos sobre el arte. Hay otros aspectos de la historia que proceden de la vida real de otras personas. Con los fragmentos de sus experiencias he intentado hacer un retrato, igual que en la elaboración de un mosaico, bizantino, complejo, algo más que la suma de las partes. Si uno se acerca demasiado, la imagen se desdibuja. Si concentramos la mirada en un solo fragmento, la parte se convertirá en el todo, llevándonos al equívoco. Si por el contrario lo contemplamos a cierta distancia, buscando la proporción y centrando el campo de visión, entonces veremos perfectamente el retrato. Tengo la esperanza de que a través de las vidas que aquí se describen se haga visible el rostro de Cristo.

* * * *

PRÓLOGO

NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1963

La mujer gorda yacía en el suelo del vestidor, sudando y resoplando. La rodeaban cinco hombres: uno era el político israelí a quien había ido a buscar, los otros eran su secretario y tres guardaespaldas. Dos de ellos la tenían bien sujeta contra el suelo, mientras el tercero extraía con mucho cuidado la documentación del bolso.

—Ewa Poselski —anunció—. Miami, Florida.

—¿Algo más? —preguntó el político—. ¿A qué se dedica? ¿Política? ¿Religión?

—Carné de conducir..., tarjeta de acreditación de una empresa...; aquí dice que es cajera en un lugar llamado Funworld.

—Va desarmada, señor —dijo otro guardaespaldas—. No lleva explosivos ni agentes químicos.

Ayudaron a la mujer, ya mayor, a incorporarse. Sobre el vestido de color verde lima llevaba prendido un reluciente corazón de cristal, y toda ella olía demasiado a perfume dulzón.

—¿Cómo ha conseguido entrar? —le exigió Lev, el secretario, mientras le sacudía bruscamente del brazo.

—Entrando —contestó ella. Tenía un acento muy cerrado, europeo—. Nadie me lo ha impedido.

—¡Pero qué dice! ¡Cómo que nadie se lo ha impedido! ¡Pero si esto está lleno de guardias!

—El ángel me ha guiado.

—Ya, el ángel le ha guiado —dijo Lev, imitando el tono con irónico desprecio. La mujer asintió con la cabeza mirando al político.

—Después de la conferencia he subido al escenario por los escalones de atrás y luego he llegado hasta este ca-

merino, sí.

—¿Poylish? — preguntó el político.

—Tak —dijo ella con una leve inclinación.

—¿Y por qué quiere verme?

—El ángel me ha pedido que le hable.

Lev y los tres guardaespaldas soltaron una carcajada. El político sonreía.

—Señor, ¿nos la llevamos de aquí?

—Sí, pero con suavidad. Que nadie le haga daño, y decidle al director del Coliseum que quiero tener unas palabras con él.

—Con ángel o sin ángel, habrá que echarle una buena bronca —dijo Lev—. Ella está chiflada pero, ¿y si algún enemigo de verdad ha podido entrar también?

El político dudó un momento, mirando fijamente a la mujer.

—¿Y qué es lo que ha venido a decirme?

—Sé quién es usted —contestó ella.

—Hay cinco mil personas ahí fuera esta noche que saben quién soy.

Lev le dirigió una sonrisa de lo más forzada.

—Señora, este hombre es una de las personas más importantes de Israel. Se llama...

—Sí, sí, ya conozco el nombre que aparece en las noticias de la televisión —contestó ella casi en voz baja y sin apartar los ojos del político; no había odio en su mirada, solo lágrimas—. Es usted el hombre que juzga para su Gobierno a los criminales de guerra.

La mujer empezó a decirle lo que todo el mundo ya sabía: su nombre oficial, su cargo en el ministerio y el hecho de que en cualquier momento podían ascenderle a viceprimer ministro.

—Entonces, ¿por qué dice usted lo que dice? — preguntó el político con prudencia.

—¿Que yo sé cómo se llama de verdad?

—Sí, eso.

—Porque es verdad. Lo sé.

Los guardaespaldas pidieron permiso para acompañarla hasta la salida.

Él los calló con una mirada.

El político le dijo a la mujer cómo se llamaba. Ella negaba con la cabeza sin dejar de mirarle.

—Dejadnos solos un momento —ordenó a sus hombres. A pesar de la perplejidad, todos salieron de la habitación. El último en hacerlo fue Lev, que lanzó una mirada indignada por encima del hombro.

Cuando la puerta ya se había cerrado, el político se dirigió a la mujer.

—Bien, ¿y por qué cree conocerme?

—Usted vivía en Varsovia durante la guerra. Su familia está muerta.

—Es un asunto del dominio público que soy un judío polaco. Resulta muy fácil averiguar que toda mi familia murió en la Shoah. Eso no la convierte en profeta. En cuanto al otro nombre..., ah, señora, créame si le digo que está usted bastante equivocada.

—Solo soy una mujer ya mayor, pero un ángel me ha hablado y ha guiado mis pasos. Le conozco a usted como si fuera mi propio hijo. Llevo veinte años pensando en usted.

—¿Quién es usted?

—No soy nadie.

—Entonces, ¿qué es lo que la ha traído hasta mí? Yo no creo en los ángeles.

—Pues debería.

—Conteste la pregunta.

—Le traigo una carta y un regalo de alguien que le quería mucho.

En un momento la cara del hombre se convirtió en un muro impenetrable.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

El hombre contrajo sus facciones con gesto de amargura.

—El amor es una ilusión —sentenció en tono de indiferencia.

La mujer negó con la cabeza sin dejar de mirarle y sin pestañear. Él cerró los ojos como queriendo borrar de su mente aquella mirada estúpida y llorosa.

—He visto el interior de las almas de más hombres de los que hay en su Florida..., en su Funworld, y le digo que el amor jamás podrá vencer a la muerte.

—Pobre niño —empezó a decir ella entre sollozos—, pobre, pobre niño.

La mujer rompió a llorar y él la odió por ello.

—Pero dígame, aunque solo sea por curiosidad, cuál cree que es mi verdadero nombre.

—Usted es David Schäfer.

Por un momento pareció que el político se quedaba de piedra, pero enseguida recuperó la inexpresividad de su rostro.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? — le exigió él.

—Ah, entonces es verdad. Le he encontrado.

El hombre se la quedó mirando fijamente. En todo el mundo solo había un puñado de personas que sabían su verdadero nombre, y casi con toda seguridad estaban ya todas muertas. Era imposible que aquella mujer supiera quién era realmente, y sin embargo lo sabía. ¿Pero cómo? Y lo más importante: ¿por qué?

El político se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. Los tres guardaespaldas se precipitaron por ella.

—Té —les ordenó—. Traednos té.

Y volviéndose hacia la mujer, como si estuviera hablando con un ser fabuloso en el que aún no acababa de creer, le dijo:

—¿Una taza de té?

SANTUARIO

1

VARSOVIA, SEPTIEMBRE DE 1942

Con el corazón latiéndole como si fuera un conejo en una trampa, buscó un hueco entre el alambre de espino de la entrada e inmediatamente estuvo fuera. Los soldados enseguida le vieron, claro, pero ya contaba con eso, de modo que se zambulló entre la multitud que iba y venía por las aceras con la esperanza de que dudaran un instante antes de empezar a disparar. A pesar de que no podía correr demasiado deprisa por el hambre que tenía, consiguió abrirse paso entre la gente, luego se metió debajo de un carro tirado por un caballo y por fin dobló la esquina. Y entonces empezó a oírse el impacto de los primeros disparos contra los edificios de la calle.

La multitud empezó a dispersarse. Se oían gritos, un caballo que relinchaba enloquecido, ruido de botas que corrían, más disparos. Los gentiles se lo quedaban mirando con cara de perplejidad, apartándose de él a derecha e izquierda mientras se introducía en una de las calles principales. Se arrancó el brazalete de la manga y lo arrojó con todas sus fuerzas entre la gente, de modo que la estrella fue flotando por el aire hasta caer al suelo. Algunas manos trataban de agarrarlo al pasar, pero él era como Moisés huyendo hacia la Tierra Prometida. Dos muros de figuras humanas colisionaron con fuerza a su espalda, sepultando los carros del Faraón.

El corazón le palpitaba desbocado en el pecho y le dolía el costado; le faltaba el aire y respiraba como en estertores de agonía. De su parte estaban su juventud y la adrenalina: sabía perfectamente que aquella era la carrera de su vida. Además, sus perseguidores no eran los impecables soldados de las SS, sino centinelas de la Wehrmacht, algo

mayores y más gordos. Caían frías gotas de lluvia, lo que convertía las aceras en terreno resbaladizo. Una bala rebotó sobre el cemento pisándole los talones. Los soldados se abalanzaban entre la multitud gritando en su áspero alemán:

—Halt! Halt!

Otro proyectil hizo que unos trozos de piedra rebotaran contra su abrigo mientras doblaba una esquina que daba a una avenida. Estaba yendo en dirección este, hacia Stare Miasto, el centro medieval de la ciudad, a orillas del Vístula. Casa tras casa, siguió corriendo a ciegas, sin poder distinguir los edificios bombardeados de los que aún se mantenían en pie, ni las manchas borrosas de gente en las aceras, los tenderetes de hojalateros y traperos. Primero en una dirección, luego en otra, hacia el este, después al norte, luego al este otra vez. Por fin, cuando ya estaba completamente exhausto, se introdujo en un callejón lateral con viejos edificios de tres pisos en diferentes estados de ruina. Al llegar al final del mismo, lo encontró cerrado por un muro muy alto. Desesperado y ya sin aire en los pulmones, empezó a decir en voz alta y temblorosa:

—Sh'ma Yisrael, Adonai Elohein, Adonai Echad...

Había una tienda en el callejón que estaba más metida que las demás y aprovechó aquel hueco para esconderse entre las sombras. Asomó un poco la cabeza y vio a los soldados en la entrada del callejón sacudiendo a una anciana. Les estaba señalando en la dirección por la que él había huido.

—Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Único —exclamó entre balbuceos, esperando que llegaran los soldados.

De repente, una puerta se abrió detrás de él. Perdió el equilibrio y se precipitó hacia dentro, hasta caer en el suelo. Vio una campanilla que tintineaba por encima de la cabeza de un hombre que le miraba fijamente desde la penumbra del interior de la tienda. En un segundo, el hombre

comprendió la situación, oyó a los soldados corriendo en la calle y tiró de la presa hacia la trastienda.

—¡Las escaleras! ¡Sube, rápido! — exclamó el hombre. El chico echó a correr entre un laberinto de estanterías que iban del techo hasta el suelo, todas atiborradas de libros, encontró las escaleras y empezó a subirlas desesperadamente, dejando un rastro de pisadas por el agua de la lluvia. El hombre de la tienda echó un vistazo desde el cristal polvoriento del escaparate y vio a los soldados empleándose a fondo en la calle, llamando con violencia a todas las puertas, forzando las que encontraban cerradas y entrando en todas partes. Faltaban pocos minutos para que llegaran a la suya. Sin perder más tiempo, limpió el suelo con un trapo y, una vez borradas las manchas de las pisadas, se sentó en la mesa que había junto a la entrada. Cuando los soldados abrieron la puerta de golpe, el hombre apartó la vista del libro que leía, les miró por encima de las gafas caídas y, amablemente, les preguntó en alemán:

—Ja, meine Herren?

—¡Librero! — ladró uno—, ¿has visto pasar por aquí a un chico judío?

—Nein, mein Herr.

—¡Aquí no hay nadie! — dijo el otro soldado.

—Hemos mirado todo.

—¡Venga, vayámonos!

Cuando se marcharon de prisa para continuar la caza en otra parte, el librero notó en las manos un ligero temblor y exhaló un profundo suspiro. Echó un vistazo a la tienda y continuó la oración de gracias que había tenido que interrumpir con la llegada inesperada del chico. «¡Pero qué he hecho!», exclamó. «¿Por qué habré tomado esta decisión, sin pensar con cuidado en todos los factores?»

Permanecía de pie, mirando fijamente el suelo sin ver nada. Durante unos minutos se deslizó hacia ese estado de ausencia o distracción que su familia siempre calificaba de «encantamiento» y que no era otra cosa que el lugar donde